

Homilía del funeral de don Miguel Lluch

Parroquia del Corazón de Jesús. Pamplona, 4 de febrero de 2015

Queridos sacerdotes concelebrantes, queridas hermanas de Miguel, queridos todos.

Acabamos de escuchar al Señor: “Padre, quiero que donde yo estoy también estén conmigo los que Tú me has confiado, para que vean la gloria que me has dado.”

Son palabras de la llamada “Oración sacerdotal” de Jesús, oración que pronuncia antes de su pasión y muerte. El Señor, conmovido, pide por los suyos y asegura a aquellos que le han sido fieles un destino de felicidad, de plena unión con Dios.

Hemos venido esta tarde aquí a unir nuestra oración a la oración de Cristo y pedirle que acoja el alma de don Miguel. En esta celebración eucarística le pedimos al Señor que “Miguel esté ya con Él”. Y si hay algo por lo que deba purificarse queremos que nuestras oraciones le sean de ayuda.

Momentos antes de esa oración sacerdotal, cuando el Señor habla de su inminente partida, los apóstoles se quedan tristes, desconcertados. Se les presenta la muerte con toda su crudeza. Aunque Jesús se lo había anunciado en varias ocasiones, jamás habían imaginado que llegaría ese momento. Esa muerte no estaba en sus planes. Era contraria a la lógica de lo que habían visto, de lo que habían esperado, de lo que había sido su vida con Jesús.

Cada vez que el Señor se lleva a una persona en la plenitud de la vida, en contra de toda expectativa humana, nos sucede lo mismo que a los apóstoles. Nos quedamos desconcertados. En estas circunstancias nos sale natural lo que dijeron algunos de los que vieron llorar a Jesús ante la tumba de Lázaro: “Este que abrió los ojos del ciego, ¿no podía haber hecho que no muriera?”. Si el Señor tiene tanta falta de sacerdotes, ¿por qué permite esto? Si Miguel estaba haciendo tantas cosas buenas, si era tan necesario...

Pero luego, el desconcierto deja paso a la fe, deja paso a las palabras de Jesús: “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí”. “Tened confianza”. Resuenan entonces en nuestros oídos las palabras del Señor por boca de Isaías: “mis pensamientos no son vuestros pensamientos, mis caminos no son vuestros caminos”. Nos dice: “Ahora no lo entendéis. Lo entenderéis más adelante”.

Es en estos momentos más oscuros cuando debemos pensar en la bondad de Dios. Porque, como dice san Agustín, “Dios por ser soberanamente bueno, no permitiría jamás que existiera algún mal, si Él no fuera lo suficientemente poderoso y bueno para sacar un bien del mismo mal.”

Don Miguel enseñaba en la Facultad entre otras cosas “Historia de la Teología” y tenía en su despacho, esparcidas por las estanterías algunas fotos de santos y teólogos ilustres (con la excepción de dos fotos del presidente Kennedy y una de Churchill): allí estaban san Bernardo, san Alberto Magno, de Lubac, Guardini, Von Balthasar, etc. Uno de estos teólogos, al hablar de la libertad con que Cristo se enfrenta a la muerte, se refiere a la resurrección de la hija de Jairo y dice que Jesús la realiza “con un gesto suave, amoroso y tierno, de manera que tenemos la impresión de que juega con la muerte y de que este ser terrible le obedece, como el sueño que se desvanece y cede bajo las manos maternas que despiertan al niño”.

Cristo, que es la resurrección y la vida, ha vencido a la muerte. La muerte le obedece. Ya no le tenemos miedo. Pienso que así habrá sido la muerte de Miguel. Él tenía una gran capacidad de hacerse querer, porque, entre otras muchas cosas, todo lo que le contabas parecía que le asombraba o le entusiasmaba. Con nuestra oración, pedimos que al despertarse del sueño de la muerte, el Señor le haya saciado definitivamente su capacidad de asombro y, como hemos leído en la primera lectura, esté ya en las manos de Dios y sus obras le acompañen.

Decía el Papa Francisco en una misa por cardenales y obispos difuntos: “El que entregó la vida al servicio de Dios, al servicio de su familia, de los demás está en las manos de Dios. Todo lo que hizo está bien cuidado y no será corroído por la muerte”. Y añadía el Papa: “En las manos de Dios están todos sus días entretejidos de alegrías y sufrimientos, de esperanzas y fatigas, de fidelidad al Evangelio y pasión por la salvación espiritual y material de las personas a

él confiadas. También los pecados, nuestros pecados están en las manos de Dios; esas manos son misericordiosas, manos «llagadas» de amor. No por casualidad Jesús quiso conservar las llagas en sus manos para hacernos sentir su misericordia. Y esta es nuestra fuerza, nuestra esperanza”.

En un blog que me han hecho llegar, una persona que le conoció muestra su deuda de gratitud por lo que don Miguel le había ayudado, y recuerda –y son sus palabras–, “aquella idea genial de la goma de borrar que tiene preparado nuestro ángel de la guarda cuando nos pavoneamos por una buena acción, y entonces él debe borrarla de nuestra pequeña lista de méritos. Aunque la goma de borrar más grande la tiene Dios, para borrar las cosas malas cuando pedimos perdón.” Estamos convencidos de que Dios así lo habrá hecho con Miguel. Y continuaba: “Te agradezco infinito esos tres días que me regalaste, y que luego estuvieras siempre disponible. No hay oro en la tierra para pagar eso: el único que sabe pagarlo es Dios, y yo lo ha hecho”.

Pero estamos apenados. Don Miguel ya no está físicamente con nosotros. Por eso pedimos de manera especial por su familia, por los que vivían con él en el Colegio Mayor, por los que se han visto, de forma más directa, afectados por su muerte. Somos humanos y, gracias a Dios, nos queremos. Nosotros, profesores, alumnos y empleados de la Facultad, también echaremos enormemente en falta su presencia. No nos podremos beneficiar ya más de su saber, de su simpatía, de su buen humor. Aun así, aunque su ausencia física nos causa tristeza, encontramos consuelo en el ejemplo que nos ha dado, que nos estimula a seguir cumpliendo con nuestro deber con dedicación y alegría.

En una entrevista con don Miguel recogida en la página web de la universidad decía: “un libro me gustaba cuando en él encontraba a alguien o a muchos a los que consideraba admirables, dignos de imitar, mejores que yo o con los que me sintiera identificado, vidas o aventuras que a mí me hubiera gustado vivir... Me parece que ahí hay algo muy interesante para pensar y hablar. Porque el ser humano busca modelos –y añadía con una expresión muy suya– y todo eso”.

El ser humano busca modelos. El modelo que siguió Miguel fue Jesucristo. Es el modelo que le llevó a vivir la aventura de la entrega a Dios en el Opus Dei desde muy joven. Y es el modelo que debemos seguir cada uno de nosotros, de forma que todos dejemos tras nuestra partida una estela de bondad y de servicio que anime a otros a encontrar a Cristo. Esa fue la ilusión que motivó el trabajo de Miguel en la Universidad, porque esa era la ilusión de san Josemaría para los que trabajamos en ella: ayudar a las almas que nos rodean a buscar y encontrar al único que puede dar sentido a nuestra vida.

Recordando las aficiones de Miguel, pensaba en unas palabras de Benedicto XVI. En una homilía el Papa emérito contaba que “los prisioneros de guerra que estuvieron en Rusia durante diez años o más, expuestos al frío y al hambre, después de volver dijeron: ‘Pude sobrevivir porque sabía que me esperaban. Sabía que había personas que me esperaban, sabía que yo era necesario y esperado’. Y el Papa añadía: “Este amor que los esperaba fue la medicina eficaz de la vida contra todos los males.”

La muerte de Miguel es un recordatorio de que hay alguien que nos espera a todos. El Señor nos espera. Y no solo nos espera: está continuamente a nuestro lado y nos invita a tomar su mano y no soltarla, y así llegar a la meta a la que estamos llamados.

Encomendamos el alma de Miguel a Dios, y lo hacemos por intercesión de la Virgen de los Desamparados. Pienso que esta advocación de la ciudad en la que Miguel nació nos consuela, porque todavía nos sentimos un poco así, desamparados. Ella nos confortará.

Y a la vez damos gracias al Señor por este hermano nuestro que entregó su vida en servicio de Dios y de las almas. Lo hacemos ofreciendo la Eucaristía por él para que los ángeles y san Josemaría acompañen a este fiel discípulo del Señor a su reino de luz y de paz. Así sea.

Juan Chapa
Decano de la Facultad de Teología. Universidad de Navarra